

teras, encerradas en las cuatro paredes del confortable hogar, que por temor de manchar la blancura de su veste con la suciedad de las multitudes tumultuosas, se repliegan prudentemente en su egoísmo cuando debieran bajar a la plaza pública a hacer flamear el estandarte de los buenos principios, humillando con el resplandor de la verdad las sombras medrosas y vergonzantes de la impostura? Virtud que no se expone a los fuertes embates de las pasiones, no es virtud.

Afea el señor Moraga la personalidad política del doctor don Julian Iriás y disimuladamente la del Doctor don Rodolfo Espinosa, y las denuncia ante el criterio de los nicaragüenses como impropias para encarnar la protesta justiciera de nuestra patria escarnecida en sus más sagrados derechos. Considera a los dos conocidos campeones del liberalismo, como claudicantes e impuros, porque pusieron sus energías y talentos al servicio del Gobierno que encarnó en su potente personalidad el General don J. Santos Zelaya. Pero el señor Moraga y otros implacables fustigadores de aquella administración, deberían meditar por un momento que a la intervención de esos y otros personajes del liberalismo en el desenvolvimiento político de Nicaragua, debe aquel país ese asombroso florecimiento intelectual que en la presente hora de tinieblas irradia con resplandores de relámpago y estalla con rugidos de tormenta en las altas regiones del derecho; que esos claudicantes e impuros abrieron nuevos rumbos al pensamiento patrio, que ni las montañas de sombra del conservatismo han logrado obstaculizar; y que gracias al impulso poderoso generado por esos luchadores de los modernos ideales es que la patria sorprendida por los facinerosos políticos ha podido contar en el trance angustioso con esforzados y brillantes paladines.

Sugiere el señor Moraga la idea de que hombres más puros, no contaminados con la lepra del *zelayismo*, tomen a su cargo la defensa de Nicaragua ante el gobierno de los Estados Unidos de Norte América. Pero nosotros, francamente, hemos pasado revista a todo el elemento pensante de nuestra patria y hemos encontrado lo siguiente: la legión de jóvenes que a la sombra de las instituciones liberales o *zelayistas* se educó en las Universidades y se fortaleció en los campamentos durante aquel período de tendencias impulsivas, y que hoy hace vibrar el bronce de su protesta desde todas las tribunas de América; los hombres representativos del liberalismo que actuaron durante aquella administración y que como Iriás, Espinosa y Gámez, gozando de una posición independiente desecharon los encantos de la vida regada para seguir la senda estrecha y áspera de los perseguidos, con la bandera en alto y el gesto altivo; los eunucos de todos los tiempos que pretenden engañar a los pueblos "haciendo política" de sonrisas a los pies de los traidores, desde los cómodos sillones de los Cuerpos Legislativos, o en las antecámaras de los gamonales del conservatismo tramando ridículos proyectos de transacciones políticas, guardándose, eso sí, muy bien, de comprometer la dulce comodidad; la caterva de egoístas endiosados, que enamorados de sí mismos creen que se lo merecen todo y que sin distraer un momento siquiera de sus preciosas vidas, esperan que los honores les bajen desde el cielo como justo premio a sus capacidades ignoradas; y por último, una docena de gloriosas momias que bien están en el Museo de la estimación nacional, porque representan un pasado honroso, pero que aparecerían ridículas vistiéndose la fuerte armadura del cruzado en la actual fragorosa contienda, cuando nos disputamos la existencia de la patria.

¿En cuál de los anteriores grupos

enumerados quiere el señor Moraga que busquemos los abanderados para la causa nacional?

En la brillante juventud nicaragüense que lucha por romper las cadenas que atan a la patria no podemos buscar esos abanderados, porque si entusiasmos y anhelos de holocausto les sobran a esos nobles paladines, carecen de la experiencia necesaria para poder salir airoso en ese duelo con los representantes del maquiavélismo moderno y no cuentan con el prestigio indispensable para controlar las fuerzas dispersas de las masas populares, que sólo se adquiere tras largos años de pública labor. Además, siendo el liberalismo el partido que representa la mayoría en la población de Nicaragua, y habiendo sido desde un principio el más constante y fuerte baluarte en la actual campaña libertaria, es entre sus campeones más conspicuos e idóneos entre los cuales debemos escogitar a los que lleven la iniciativa en las presentes labores políticas. Los doctores don Julian Iriás y don Rodolfo Espinosa, son poseedores de un brillante y bien cultivado talento; por su larga versación en la Administración Pública de nuestro país se encuentran en condiciones excepcionales para poder dar feliz cumplimiento a la misión que el destino parece encomendarles; conocen a fondo la situación política de Nicaragua; están al tanto de los nexos repugnantes del Partido de las Tinieblas con los novísimos mercaderes de pueblos, porque desde muy antes a la hora actual, en virtud de su actuación sobresaliente en el liberalismo, tuvieron esos caballeros la oportunidad y se encontraron en el deber de seguir y estudiar todos los pasos cautelosos de las hienas del conservatismo. Tampoco está demás, Sr. Moraga, tomar en cuenta la característica psicológica del pueblo de Nicaragua. Esas personalidades que blasonan de una virtud meticulosa; esos eternos teorizantes, sutiles analistas de alambicadas fórmulas políticas y morales, que por todos sus rasgos fisiológicos parecen haber sido vaciados en los inconfundibles moldes del jesuitismo, no son aparentes para personificar el pensamiento vibrante y sincero del pueblo nicaragüense, el cual ama, protege y secunda a los hombres de temple acorado que así hacen estallar la protesta del Derecho sobre la frente de los conculcadores por poderosos que éstos sean, como van a sellar con su sangre en las trincheras incendiadas durante el fragor de la pelea, la profunda convicción de sus principios. El pueblo de Nicaragua no tiene fe en quienes primero van a pedir consentimiento a las conveniencias y consejo a las comodidades para decidir sus actos en los asuntos nacionales; y sostiene y aplaude a aquellos que no examinan ni cuentan los enemigos, ni se detienen a pesar las probabilidades de éxito, cuando el deber los llama y la conciencia patria les indica el sendero del Sacrificio.

Tengo la íntima convicción de que en el seno del liberalismo y en el de cualquiera de los viejos partidos militantes no sólo de Nicaragua, sino de Centro América, existe un inmenso legado de podredumbres; pero el momento oportuno para emprender la purificación de esa atmósfera no es este, ni contamos, siquiera, con punto seguro de apoyo para iniciar esa labor. Principiemos por conquistar la patria que yace cubierta de harapos en brazos de viles traficantes; implantemos con nuestro empuje vigoroso y unísono el reinado del derecho en nuestro hermoso país; y obtenido esto, hagamos propaganda de ideales, levantemos una tribuna en cada plaza pública, para hacer flamear bajo la gloria de nuestro cielo las brillantes fórmulas de la Democracia pura; seleccionemos los elementos sanos de nuestras multitudes y con ellos formemos y hagamos surgir nuevos partidos, que libres de responsabilidades

históricas, ofrezcan amplio campo a las entusiasmas y sanas energías, de quienes libres de compromisos con el pasado y llevando en el alma la hoguera del patrio-

tismo, ambicionamos para Nicaragua días de gloria inmarcesible.

Francisco R. Baldovinos

## CORRESPONDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS. El 50.º Aniversario de la Emancipación de los Esclavos.

En el próximo mes de Diciembre se celebrará en Richmond, capital que fué de los Estados esclavistas del Sur de los Estados Unidos, el quincuagésimo aniversario de la abolición de la esclavitud.

La imaginación se horroriza cuando a través de la Historia y de la leyenda, recuerda aquella cruentísima lucha de cuatro años que estuvo a punto de quebrantar para siempre los lazos fraternales que unen a este gran pueblo, en cierto modo tan práctico para las cosas de la vida, y tan admirable, pero apegado hasta lo indecible a los bienes terrenales y muy particularmente al vil metal.

Por fortuna, el espíritu liberal y la energía reposada del inmenso Lincoln, y la cultura de los Estados del Norte, que se mantuvieron leales a la causa de la Humanidad y de la Civilización, supieron oponerse con temerario y fe cundo valor a los condenables designios de "los confederados" del Sur, y someterlos a la obediencia del poder central, que en aquel monstruoso caso de rebeldía representaba a la justicia divina.

La trágica muerte de Lincoln, ocurrida la noche del 14 de Abril de 1865, en un palco del Teatro Ford, vino sin embargo, a dejar trunca la magna obra que ya en 1788, había germinado en los cerebros libertarios de Washington y de Jefferson, de Madison y de Franklin, de Hay, de Hamilton y de una multitud de hombres eminentes, que miraban la esclavitud como un gran mal, incompatible con los principios enunciados en la declaración de independencia y con el espíritu del cristianismo, según puede leerse en las actas de la Convención de Filadelfia, celebrada por aquella remota época.

Hemos dicho que la obra quedó trunca, y ello es cierto: al negro en los Estados Unidos se le libertó del trabajo involuntario; dejó de tener la condición de cosa viviente y de objeto de comercio, pero ni la ley ni la sociedad le han abierto sus puertas, como ha acontecido en todos los países en donde la esclavitud ha sido derogada, llámense Rusia y sea su autor Alejandro II; o llámense Venezuela y sea su autor el ilustre Patricio José Tadeo Monagas. Tal vez, si Lincoln hubiera vivido, la vindicación del hombre de color habría sido completa en este país.

Pero aquí, si a mis informes la verdad asiste, sólo tienen la ciudadanía, pero no derechos políticos. Es decir, que viven en una penumbra civil, muy parecida a la muerte.

Socialmente no son nada ni nadie, y menos en los Estados del Sur, donde les está prohibido mezclarse, no ya consanguíneamente, sino fraternalmente, en cualquier sitio público. Los cadáveres se entierran en cementerios distintos, porque brutal, feroz y despiadada, la condenación y el estigma de los blancos sigue a los negros hasta más allá de la muerte.

Y es a tal extremo injusta é inverosímil la ley, que el matrimonio de un negro con una blanca, ó viceversa, consumado en el extranjero, no surte aquí efecto alguno: se considera simple y sencillamente *concubinato*.

Por lo demás, está tan arraigada la preocupación social, que se extiende a toda la raza negra, sea ó no de origen americana; haya sido ó no esclava, sió que talento, valor ó posición pecuniaria, sean bastantes a detener la ga-

rra del desdén público, que se clava sin miramientos, hasta aniquilarlo, en el hombre negro, pardo ó mulato, si es de *pelo lacio*, ó poco menos.

Voy a citar tres casos en apoyo de estos mis últimos dichos: a Alejandro Dumas, padre, que no por genial novelista dejaba de ser *mulato*, ocurriósele una vez visitar la tierra de su padre, Santo Domingo, y de paso, conocer los Estados Unidos; pues tuvo que sufrir la impertinente humillación de los prejuicios sociales; el General Manuel Bonilla, ex-presidente de Honduras, tuvo la malaventurada ocurrencia de venir por aquí, y con todo y ser Hondurés, país tan concido y estimado en los Estados Unidos, el ex-presidente fué medido con el mismo rasero que los demás hombres que, como él, son *de color*; Johnson, el gran pugilista, se casó con una blanca, a quien no sabemos qué sedujo más, si la habilidad con que el negro golpeaba ó los miles de dólares que se ganaba en cada *match*, pues tanta *tirria* le cogieron, que la mujer tuvo que suicidarse.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, para la más fácil comprensión de ese modo de ser social, que la libertad de los esclavos, aunque fué un acto de justicia a la Humanidad y un homenaje rendido a la Civilización, que siempre honrará al Presidente Lincoln y a los Estados americanos del Norte de este país, no fué una conquista alcanzada individualmente por los esclavos, sino una gracia que se les concedió, bajo la presión de exigencias políticas y militares del momento, y, como es natural, ellos la aceptaron con agradecimiento y en las condiciones en que se les acordó. Del mal, el menos.

En medio de un ambiente tan hostil, los negros han progresado y se van abriendo paso aunque con cierta lentitud.

El campo más propicio para ellos ha sido el del arte y el de las ciencias.

Las escuelas y universidades del Norte, que es donde más se han cultivado y donde más tolerancia se tiene para con ellos, han dado compositores filarmónicos tan notables como W. E. Cu Bois, quien, por sus audiciones, ha llegado a cobrar hasta cinco mil dólares por noche; médicos tan inteligentes como el Doctor Everett Just, cuyos descubrimientos científicos le abrieron las puertas de la Universidad de Chicago; Isabelle Vandervilt, graduado en la Escuela de Medicina de Columbia, y quien hizo sus estudios con tanto aprovechamiento, que a seguidas de haberse recibido, fue nombrado Médico interno del Hospital de Niños y Mujeres de Siracusa.

La pléyade de pintores es también numerosa y merece especial mención en estas breves notas, Harry L. Tanner, cuyo cuadro «Las Tres Marías», mereció el honor de ser comprado, en la primavera de 1913, para la Galería del Louvre, de París, en gracia a su artística superioridad cuya fama pasó las fronteras nacionales.

Con tales elementos se prepara la gran Exposición de Richmond, para celebrar el quincuagésimo centenario de la libertad de los Esclavos en los Estados Unidos.

Santiago R. Martínez.

(Dominicano)

Tipografía de "San José".